

LOS INTELLECTUALES VENEZOLANOS ANTE EL PODER.

Aníbal Romero.
(2001)

1.

La historia de la relación entre los intelectuales y el poder político en Venezuela es en general poco aleccionadora. La intelectualidad venezolana o bien se ha rendido ante los poderosos, plegándose a los hombres fuertes de turno, o bien ha sucumbido bajo las ilusiones de la utopía. Este último fue el caso de varios entre los más prominentes hombres de pensamiento en la generación de independencia, ocupados en construir "repúblicas aéreas". Posteriormente, el siglo veinte puso de manifiesto con claridad inequívoca las tendencias mencionadas. En primer término, la generación positivista se alió a Gómez y su perversa tiranía. Más adelante, durante los años sesenta, un núcleo relevante de la intelectualidad del país se volcó tras el espejismo revolucionario. Se salvaron del naufragio ético-político los que comprendieron el significado del experimento democrático, y enfilaron sus plumas contra la dictadura perezjimenista y luego contra el abismo castrista.

En este comienzo de otro siglo, el panorama venezolano presenta un aspecto novedoso en cuanto a la conducta de buen número de sus intelectuales. Me refiero al cuestionamiento predominante al poder establecido, al rechazo decidido frente al hombre fuerte que ahora nos rige, así como ante el presunto proyecto revolucionario que encarna. Ni rendición ante el poder ni claudicación de la facultad crítica bajo el peso de una utopía radicalizante. Se trata, en síntesis, de una situación que representa un importante cambio de tendencias históricas previas, un cambio que coloca a un nutrido sector de la intelectualidad en la coyuntura de ofrecer una de las pocas y relativamente sólidas fuentes de oposición a un poder que intenta avasallar, y a un proyecto que se alimenta de un crudo y confuso mesianismo. Qué explica este viraje en la postura de los intelectuales?

2.

Son primordialmente tres las razones que dan cuenta del rechazo crítico de los intelectuales, en general, a los nuevos poderosos y su proyecto político. Por un lado, puede constatarse una creciente toma de conciencia —patentizada en diversos testimonios, libros y

ensayos de tiempos recientes— acerca del enorme daño que se ha hecho al país con las reiteradas rupturas históricas a que ha sido sometida nuestra evolución como pueblo. Es bastante claro, vistas las cosas en perspectiva, que el eterno recomenzar, la sistemática negación de lo que vino antes, la condena absoluta hacia los esfuerzos pasados, la multiplicación de fundaciones y refundaciones nacionales, y la proliferación de constituciones inútiles han producido un descalabro en nuestra sicología colectiva, impidiéndonos valorar el aporte de las generaciones precedentes y construir gradualmente un país mejor, comprometido con los que vendrán más adelante.

Esta Quinta República, marcada por un origen violento, empeñada en vilipendiar de plano el pasado, ajena a cualquier sentido de unidad, y volcada hacia la división entre los venezolanos, no ha sido capaz de suscitar el apego y entusiasmo de los intelectuales, y apenas cuenta con el ambiguo y poco articulado respaldo de algunas plumas estancadas en el utopismo de épocas que no volverán. Alguno que otro escritor se dedica a recordarnos que, aparentemente, la tan temida "revolución" no puede ser tomada en serio. Los intelectuales venezolanos, con pocas excepciones, no han estado por tanto dispuestos a acompañar un proyecto que condena sin matices los cuarenta años de democracia, período que a pesar de errores inocultables significó un avance innegable en nuestra existencia nacional.

En segundo lugar, la intelectualidad venezolana parece haber asimilado las lecciones del colapso del comunismo, y aprendido que no bastan con las buenas intenciones, las loas sobre la "sensibilidad social" de los caudillos y sus supuestas buenas intenciones, y que no siempre los que con mayor vigor pregonan su compromiso con los pobres son los más capaces de lograr que dejen de serlo. El derrumbe estrepitoso del mito comunista, y el mejor conocimiento de la historia que ese fracaso ha traído consigo, no pasó desapercibido a todo el mundo. El problema es que el ansia de perfección y el odio al capitalismo son corrientes emocionales poderosas, que todavía ocupan un lugar en las conciencias de hombres y mujeres, en particular en América Latina, donde la propensión a la utopía sigue jugando su nefasto papel. No obstante, y en líneas generales, los intelectuales en nuestro medio se han despojado de ilusiones engañosas, y no cabe comparar el apoyo entusiasta que en su momento suscitaron experimentos como el cubano y nicaraguense, con el tímido y casi avergonzado respaldo que algunas voces de un anticuado marxismo le otorgan al locuaz caudillo que nos gobierna en Venezuela.

Cabe por último señalar, en este orden de ideas, que a pesar de toda la retórica y propaganda oficial a las que a diario se nos somete, el rumbo de esta "revolución" pareciera estar signado por una especie de cruda desnudez en cuanto a su legitimidad. Y es precisamente

por ello que el desapego de los intelectuales adquiere relevancia en el marco político actual. Es tan equivocado sobrestimar la función de los intelectuales como restarle importancia. Como lo demostraron, entre otros, los casos cubano y nicaraguense, el compromiso de los intelectuales con los procesos de cambio histórico constituye un instrumento de indudable eficacia, en cuanto a la conformación de un escudo protector y de un arma ofensiva en el terreno jamás menospreciable de la lucha de ideas. En ese campo, la Quinta República y su escuálida revolución han padecido de una notoria orfandad, y el 4-F no se convertirá, a pesar de todos los esfuerzos oficialistas al respecto, en una fecha mítica como lo ha sido el 23 de enero. En este último caso, pueblo y ejército convergieron en un desenlace democrático de unidad nacional; el 4-F, por el contrario, no fue otra cosa que un tradicional golpe militar, producto de una conspiración de minorías desde un principio concebida para escindir en dos la sociedad.

3.

En gran medida, el contenido militarista y la obvia vocación hegemónica, ajena al consenso, han erosionado desde un comienzo el atractivo que la "revolución" pudiese haber tenido sobre la intelectualidad, acá y en el extranjero. Es bien sabido que para muchos intelectuales en el Primer Mundo, en Europa y los Estados Unidos, nada resulta más romántico que un radical latinoamericano, preferiblemente con barba, máscara y uniforme verde oliva, que vocifere contra el imperialismo y se solidarice con los "condenados de la tierra". Castro disfrutó por años de la ingenuidad y ceguera de gran número de académicos en las Universidades norteamericanas, francesas y británicas, que hacían sus cortos peregrinajes a Cuba (como en su momento lo hicieron los Webb, Shaw, Russell, Gide y Sartre, entre otros, al "paraíso" ruso de Stalin), para luego retornar cantando las alabanzas de la "benevolente", "progresista" y "digna" tiranía del opresor caribeño. También los sandinistas se beneficiaron de la frivolidad caprichosa de los asiduos clientes de los cafés parisinos, entregados al perenne exorcismo de sus complejos de culpa primermundistas.

La "revolución" venezolana no ha logrado suscitar un mito poderoso, una idea-fuerza, una imagen capaz de enardecer los corazones ni siquiera de los inocentes (y no tan inocentes) que en su momento marcharon al compás de Fidel y los hermanos Ortega. Pienso que en alguna medida ello se debe al elemento militarista que es consustancial al chavismo, en sus orígenes y su desarrollo. Ya hoy en día, después del fin de la URSS, de la conversión de la China ex-maoísta en un emporio de las transnacionales, y del epílogo de la Cuba de Castro en medio de los lujosos hoteles de Varadero, un militar golpista latinoamericano, a

pesar de sus credenciales anti-imperialistas y de su "sensibilidad social" no excita los corazones de los intelectuales, con excepción de unos pocos que nada han aprendido y nada quieren aprender.

4.

Y es que cabe preguntarse, para concluir: dónde puede ir esta "revolución" que —como en memorables declaraciones lo afirmó el ex-secuestrador ahora a cargo del "proyecto educativo nacional"— es una mezcla ideológica de marxismo, cristianismo, bolivarianismo, indigenismo, ecologismo y "cimarronismo"? La evidencia es cada día más clara: en los albores del siglo XXI, una "revolución" así definida no va a ninguna parte, excepto al aumento exponencial del desorden administrativo, la destrucción de instituciones, la concentración del poder en pocas manos (como único remedio ante el creciente caos), la incertidumbre generalizada y el aislamiento internacional.

Cada día que pasa esas tendencias se ponen de manifiesto de manera más patente, todo ello sumido en el desencajado voluntarismo de un caudillo militar que salta de un lugar a otro, de una idea a otra, de una posición a otra sin orden ni concierto, como arrastrado por un torbellino que jamás encuentra su punto de equilibrio, y que se mueve de un allanamiento a una denuncia, de un discurso a una conspiración, de Tirofijo al Papa, de Castro a Bush. Se trata, en resumen, de una triste etapa histórica, y honra a la intelectualidad venezolana, a muchos de ellos, no haberse sumado a esa lamentable y jocosa caravana, sin rumbo ni destino.